



ARTE DE MEMORIA ⁽¹⁾

PERSUADIDO ya vuestra reverencia á lo poco que puede esperar de los medicamentos para lograr grandes progresos en el estudio, apela de la *anacardina* á la *arte de memoria*, preguntándome si hay tal arte, si hay libros que traten de ella, y si por sus reglas podrá conseguir una memoria extremadamente feliz, como de muchos se cuenta, que por este medio la han conseguido. Materia es ésta, sobre que hasta ahora no hice concepto firme. Muchos han dudado de la existencia del arte de memoria, inclinándose bastantemente á que éste sea un cuento como el de la *pedra filosofal*. Pero son tantos los autores que deponen de su realidad, que parece obstinación mantener contra todos la negativa. Acaso cabrá en esto un medio, que es admitir, que hay un arte, cuyo método y reglas pueden auxiliar mucho la memoria, y negar, que el auxilio sea tan grande como ponderan muchos. Lo primero es fácil de concebir; pero en lo segundo confieso, que mi entendimiento apenas puede, sin hacerse gran violencia, asentir á la posibilidad. No hallo dificultad alguna en que haya hombres de memoria naturalmente tan feliz, que oyen-

(1) Este artículo y el siguiente, pertenecen á la colección del autor titulada *Cartas eruditas*. De aquí, su forma epistolar, que no tienen los anteriores tratados del *Teatro crítico*. (N. de los E.)

do un sermón, lo repitan todo al pié de la letra; pero que en virtud de algún artificio haga lo mismo quien sin él no podría repetir cuatro cláusulas seguidas, se me hace arduo de concebir. Sin embargo, no es ésta la mayor maravilla que se refiere del arte de memoria. Marco Antonio Mureto testifica, que en Padua conoció á un joven natural de Córcega, el cual dándole muchos centenares de voces de varios idiomas, totalmente inconexas, mezcladas con otras formadas á arbitrio ó no significativas, no sólo las repetía prontamente, sin errar una, siguiendo el orden con que las había oído, mas también, ya con orden retrógrado, empezando de la última, ya empezando en otra cualquiera, á arbitrio de los circunstantes; pongo por caso: si le decían que empezase por la centésima vigésimaquinta, desde aquella proseguía, ó con orden directo hasta la última, ó con orden retrógrado hasta la primera. Dice más: que el joven aseguraba, que podía ejecutar lo mismo hasta con treinta y seis mil voces inconexas, significativas ó no significativas, y que se le debía creer, porque nada tenía de jactancioso.

Verdaderamente se hace inconcebible que el arte pueda tanto. Pero siendo tan grande el prodigio, le engrandece mucho más lo que el mismo Mureto añade, que en pocos días se puede enseñar este arte. Él dice fué testigo de que el corso enseñó en siete ó en menos de siete días á un noble mancebo veneciano, llamado Francisco Molino, que estaba estudiando en Padua y habitaba en la misma casa que Mureto; de modo, que siendo aquel mancebo de débil memoria (*memoria parum firma*) dentro de tan pocos días se puso en estado de repetir más de quinientas voces, según el orden que quisiesen prescribirle: *Nondum sex, aut septem dies abierant, cum ille quoque alter nomina amplius quingenta, sine ulla difficultate, aut eodem, aut quocumque alio libuisset ordine, repetebat.* El corso decía, que un francés, ayo suyo, siendo muchacho, le había enseñado el arte, y él no se hizo de rogar para enseñársele al veneciano; pues no bien éste le insinuó el deseo de aprenderle, cuando el corso se ofreció, señalándole la hora en que cada día había de acudir á tomar lección. De todo lo dicho, no sólo fué testigo ocular Mureto, pero cita también otros, que asimismo lo fueron.

Yo no sé si cuatro, cinco ni seis testigos son bastantes para

persuadir maravillas tales, mayormente cuando sobre la gran dificultad, que ofrecen los mismos hechos, ocurre otra bien notable, en que algunas veces he pensado. ¿Cómo, pudiendo aprenderse este admirable arte en tan poco tiempo, no se ha extendido mucho más? ¿Cómo los príncipes que cuidan de la buena instrucción de sus hijos, no les dan maestros que se le comuniquen? ¿Cómo los mismos maestros no van á ofrecerse á los príncipes? Lo mismo digo respecto de los señores que destinan algunos hijos á las dignidades eclesiásticas. Un simple pedagogo francés, que enseñó el arte á un particular de Córcega, ¿no adelantaría mucho más su fortuna, ofreciendo tan apreciable servicio á algunos señores principales? Donde es á propósito notar que el arte sería de suma utilidad, no sólo para los que se dan á las letras, mas también para todos, de cualquiera clase ó condición que sean. ¿Por ventura no es cosa importantísima en la vida humana, y en cualquiera estado de ella, estampar en la memoria cuanto se ve, se lee y se oye; retener los nombres y circunstancias de cuantas personas se tratan, no olvidar jamás algunos de sus propios hechos, dichos y pensamientos? El que poseyese esta ventaja, sobre hacerse sumamente expectable en cualesquiera concurrencias, ¿no haría mucho mejor sus negocios, y caminaría con más acierto y seguridad á sus fines? Pues ¿cómo, pudiendo esto producir grandes intereses á los maestros del arte, no ofrecen sus servicios en la enseñanza de ella á los príncipes y grandes señores?

No encontrando satisfacción competente á éste y otros reparos, esperaba hallarla en un libro, que sobre el asunto escribió el señor don Juan Brancaccio, con el título de *Ars memoriae vindicata*, que compré algunos años há con este fin, y retengo en mi librería. El título del libro y las recomendables circunstancias del autor eran unos grandes fiadores ó fundamentos de mi esperanza. Con todo, falta en él lo más esencial para mi satisfacción, y aun pienso, que para la del público. Alega el señor Brancaccio varios autores, que testifican de la existencia del arte de memoria. Refiere varios hechos de las prodigiosas ventajas que esta potencia logra, á beneficio de aquel arte. De uno y otro, aunque no con tanta extensión y individualidad, ya antes estaba yo bastantemente enterado, sin que ni uno ni otro me convenciese. Hace una

larguísima enumeración de los que por este medio aumentaron casi inmensamente su facultad memorativa. Mas á la verdad, de los más no consta (y de no pocos consta lo contrario) que debiesen aquella felicidad al arte, y no precisamente á la naturaleza. Sea lo que fuere de esto, repito, que nada de lo dicho convence; porque otro tanto se puede alegar, y de hecho se alega, por la existencia de la *pedra filosofal*. Cítanse autores que la testifican; refiérense algunas transmutaciones de hierro en oro, con circunstancias de lugar, tiempo y testigos; enuméranse muchos sujetos que han poseído el *arte de la transmutación*, sin que todo esto obste á que los prudentes tengan por fábula lo que se jacta de la piedra filosofal.

Lo que únicamente sería decisivo en la materia, y falta en el libro del señor Brancaccio, es revelar el artificio con que se consiguen aquellas grandes ventajas á la memoria; cuya reflexionada inspección fácilmente manifestaría si por medio de él son asequibles aquellas ventajas, así como el atento examen de una máquina luégo da á conocer si tiene fuerzas para los movimientos á que se destina. De esto tenemos un ejemplo oportuno en el arte de enseñar á hablar á los mudos; pues aunque esta propuesta se representa á algunos de imposible ejecución, luégo que se les da alguna idea de los medios que para ella se toman, conocen y asienten á la posibilidad. Siendo el intento del señor Brancaccio persuadir la existencia del arte de memoria á todo el mundo, contra los impugnadores de ella, como manifiesta en el título y en el prólogo, ¿por qué no usó contra ellos de este concluyente argumento, mayormente cuando en este descubrimiento hacía un insigne beneficio al público? El trabajo sería poco; pues si el corso, de quien habla Mureto, enseñó al discípulo veneciano este arte en pocos días, no ocuparía, estampado en el libro, muchas páginas. No sólo no le añadiría trabajo, mas se le minoraría; porque hecho esto, todo lo demás que contiene su libro es excusado para el intento.

Hágome cargo de que el título del capítulo V ofrece una breve idea del arte de memoria; pero en el discurso del capítulo nada veo de lo que ofrece la inscripción, pues todo él se reduce á proponer unos auxilios de la memoria, que há mucho tiempo que están vulgarizados, y por otra parte, no tienen depen-

dencia ni parentesco alguno con aquella fábrica mental del arte de memoria, que consiste en la disposición de lugares, imágenes, signos y figuras. El componer una dicción de letras iniciales de diferentes voces para traer distintas cosas por su orden á la memoria, poner en versos lo que se quiere recordar, ligar á las cinco letras vocales (ó también á las consonantes) tal ó tal significación, y repetirlas en varias voces con cadencia métrica, para hacer presentes en ellas algunas artificiosas operaciones, como en los versos *Barbara, Celarent*, para la construcción de los silogismos, y en el de *Populeam Virgam Mater Regina ferebat*, para colocar cristianos y turcos de modo, que la suerte adversa caiga sobre éstos; esto es todo lo que hay en aquel capítulo, todo mil años há vulgarizado, y que verdaderamente no da idea alguna del arte de memoria, sino según el concepto general y vago de que esta facultad se puede socorrer con algunos auxilios artificiales.

Ni me satisface el que el autor promete dar al público en otro escrito un arte de memoria completísimo; pues ya pasaron treinta y ocho años desde que en Palermo imprimió el *Ars memoriae vindicata* (imprimióse el de 1702), y hasta ahora no sé que haya parecido el escrito prometido. Tampoco me satisface el que da noticia de muchos autores que escribieron del arte de memoria, á quienes, por consiguiente, pueden recurrir los que quieren instruirse en él. Digo, que tampoco esto satisface. Lo primero, porque pocos de esos autores se hallarán de venta en estos reinos. Lo segundo, porque él mismo confiesa, que escribieron con afectada obscuridad, y aunque da cierta clave para descifrarlos, parece que queda aún mucha dificultad en pié; pues él mismo confiesa que la halló grande y le costó un afán laboriosísimo el entender á Schenckelio, que parece ser el autor que halló más cómodo para aprender el arte, pues por él la aprendió. Lo tercero, porque acaso en aquella lista hay muchos que escribieron, no del arte de memoria, sino en general de la memoria. Fundo esta sospecha en que uno de los autores señalados es Aristóteles, en el libro que escribió *De memoria*; y es cierto que Aristóteles, en aquel libro, ni una palabra escribió que sea concerniente al arte de memoria.

Todo lo discurrido sobre el asunto me inclina, no á negar la existencia del arte de memoria, la cual aun cuando no tu-

viera otros testimonios á su favor, se comprobaría bastante-mente con el del señor Brancaccio; si sólo á persuadirme, que hay mucho de hipérbole en las relaciones que se hacen de algunos efectos asombrosos de este arte. Yo me acomodo muy bien á creer, que con cierto artificio mental se ayuda mucho la memoria, y no más que esto dicen muchos de los autores que se citan á favor del arte; pero se me hace extremadamente difícil, que una memoria naturalmente débil consiga con el arte repetir todo un sermón al pié de la letra. Si algunos lo hicieron, se puede atribuir á que tenían una memoria naturalmente muy feliz, la cual, añadido el auxilio del arte, pudo extenderse á tanto. Confirmame en este pensamiento lo que dice Cicerón, que es uno de los principalísimos autores que se citan á favor del arte de memoria. Éste (libro III, *Ad Heren.*), después de dividir la memoria en natural y artificial, añade, que cualquiera de ellas, desasistida de la otra, es de poco valor: *Utraque, alterá separatá, minus erit firma.*

Es bien verisímil, no obstante, que hay en esta materia otro medio, que es el que he leído en las *Memorias de Trevoux* y en Bacón de Verulamio. Estos autores dicen, que el arte de memoria hace cosas que parecen prodigiosas en la repetición de un gran número de voces, aunque sean inconexas y no significativas, pero que es enteramente inútil para las ciencias y otros usos humanos; así que, sólo sirve para ostentación y juego. Del lugar de las *Memorias de Trevoux* no me acuerdo. Bacón lo dice en el libro V *De Augment. Scient.*, capítulo V. Repito, que es bien verisímil lo que dicen estos autores, pues cuando desprecian la arte de memoria como inútil, no le confesarían aquel admirable efecto, no siendo muy cierto.

Pero cómo se puede conciliar lo uno con lo otro? Quien puede repetir quinientas ó mil voces, leídas ú oídas una vez, podrá repetir tres ó cuatro hojas de un libro, una vez que las lea. Pues ¿cómo puede menos de ser ésta una gran ventaja para la adquisición de las ciencias? Diré lo que entiendo en el caso. Todos los que explican por mayor el arte de memoria, dicen, que éste consiste, lo primero, en fijar en la imaginación cierta multitud de partes de algún todo material, como las de un edificio; las cuales partes sirven de lugares ó nichos por donde se van distribuyendo por su orden las

voces ó especies que se van leyendo ú oyendo, y que después, repasando mentalmente aquellos lugares por su orden, ellos mismos presentados al entendimiento, van excitando sucesivamente la reminiscencia de las cosas que se colocaron en ellos. De suerte, que, como los mismos autores afirman, esto viene á ser como una escritura ó lección mental. Estápanse por medio de aquel artificio los caracteres en la imaginación, y después se van leyendo en ella, según el orden arbitrario que se les quiere dar, empezando por cualquiera parte del edificio, y prosiguiendo en orden ó directo ó retrógado; como el que lee la página de un libro, empezará por la voz que quisiere, é irá leyendo, ó hacia adelante ó hacia atrás, como se le antojare.

Puesto esto así, me parece que en esta escritura, ó página mental, necesariamente ha de suceder lo que en aquel cartón aderezado, de que usan los músicos para ensayar sus composiciones; esto es, que si después de ocuparle todo con alguna composición, quieren estampar otra en él, es preciso borrar enteramente la anterior. Pongamos que todos aquellos lugares, imaginarios ó imaginados, están ocupados con una larga serie de voces, y que se quiera estampar en ellos otra serie distinta. Esto no puede ser sino de uno de dos modos: ó bien echando fuera los caracteres de la primera serie, ó bien cubriéndolos (que es lo mismo que borrarlos) con los de la segunda, y tanto uno como otro viene á ser un total olvido de ellos. De este modo se entiende bien, que la memoria artificial sirva para la ostentación de repetir muchos centenares de voces ó muchas páginas de un libro, y con todo, sea enteramente inepta para las ciencias y otros usos convenientes á la vida humana, porque nunca se sabrá, en virtud de ella, sino lo que se aprendió el último día.

Tengo propuesto á vuestra reverencia lo que alcanzo en orden al arte de memoria, ó por mejor decir, lo que no alcanzo, pues no es más que dudas todo lo que llevo escrito; así, ni puedo aconsejar ni disuadir á vuestra reverencia el uso de este medio para mejorar su memoria. Si quisiere tentarle, hay muchos libros, según dice el señor Brancaccio, que enseñan el arte. Apuntaré algunos de los que él menciona: Juan Bautista Porta, *De arte reminiscendi*; Juan Michael Alberto, *De omnibus ingeniis augendæ memoriæ*; Juan Romberch,

Congestorium artificiosæ memoriæ; Juan Paep Galbaico, *Schenkelius detectus, seu Memoria artificialis*; Juan Aguilera, *De arte memoriæ*; Adamo Brijeo, *Simonides redivivus, sive Ars memoriæ*; el padre Epifanio de Moirán, capuchino, *Ars memoriæ admirabilis omnium nescientium excedens captum*; Jacobo Publicio, florentino, *De arte memoriæ*; Jerónimo Megisero, *De arte memoriæ, seu potius reminiscentiæ per loca et imagines, ac per notas et figuras manibus positas*; Pedro de Ravena, *Phoenix, sive Introductio ad artem memoriæ comparandam*; Francisco Contio, *De arte memoriæ*; el padre fray Cosme Roselio, *Thesaurus artificiosæ memoriæ*. Todos éstos son latinos. En castellano sólo señala dos impresos: Juan Velázquez de Acevedo, *El Fénix de Minerva y Arte de memoria*, y Francisco José Artiga, *Epítome de la elocuencia española*. En portugués uno, Alvaro Ferreira de Vera, *Tratado de memoria artificiosa*.

El libro de *Ars memoriæ vindicata*, discurro se hallará en Madrid; pues el que yo tengo, allí se compró. Fácil le será á vuestra reverencia adquirirle, si quisiere noticia de más autores. Nuestro Señor guarde á vuestra reverencia, etc.

Antes de dar al público la carta precedente, me pareció preciso instruirme más en el asunto, por medio de uno ú otro libro de los que tratan del arte de memoria, ó bien para corregir, reformar ó mudar algo de lo que llevo dicho en la carta, en caso que la lectura de ellos me hiciese variar el dictamen, ó para afirmarme en el juicio, que antes tenía hecho, si la lectura me diese motivo para ello. Esto segundo fué lo que sucedió. Á pocas diligencias que hice, adquirí dos libros de los que buscaba: el primero, *El Fénix de Minerva*, impreso en Madrid el año de 1626, su autor don Juan Velázquez de Acevedo; el segundo, *El Asombro elucidado de las ideas*, compuesto por el conde de Nolegar Giatamor, italiano, impreso también en Madrid el año de 1735.

Era natural discurrir, que éste, como tan moderno, y posterior al otro más de un siglo, propusiese mucho más adelantado el arte; pero realmente no es así. Nada más enseña el moderno que el antiguo; porque aunque es mucho mayor el volumen, sólo una cuarta parte de él ocupa la enseñanza teórica y práctica del arte. De que se puede inferir, no sólo que

el arte de memoria no logró algún adelantamiento desde que escribió Acevedo, mas también, que éste supo cuánto ha salido á la luz pública, siendo verosímil que el conde italiano no se resolviera á escribir sobre el asunto, sin consultar antes los autores que mejor le hubiesen tratado; y pues nada más nos enseña que el español, debemos persuadirnos á que éste nos excusa todos los demás libros. Á que añado dos ventajas que hallo en el autor español respecto del italiano. La primera, más método, claridad y limpieza en explicarse. La segunda varias advertencias muy oportunas, que me representan en él mayor penetración del arte. Mas en cuanto al fondo, ya he dicho, que ni uno ni otro autor me hicieron variar el juicio que proferí en la carta, y aun no sé si le hice algo más bajo. Ni pienso que el lector sea de otro dictamen que el mío, después que le dé un compendio del arte.

IDEA DEL ARTE DE MEMORIA

El fundamento de él, como le proponen los dos autores, consiste en cuatro cosas, á quienes voluntariamente é impropiamente han dado los nombres de *esfera*, *transcendentes*, *predicamento* y *categorías*. Esfera es un edificio de dos altos, en cada uno de los cuales hay cinco cuadras ó aposentos seguidos ó á un andar, con puerta de unos á otros. El todo del edificio es lo que se llama *esfera*; apellidan *hemisferio* inferior al primer alto, y *hemisferio* superior al segundo; á los cuartos ó aposentos dan el nombre de *transcendentes*. *Predicamentos* son cinco lugares que se designan en cada cuadra; esto es, los cuatro ángulos y el centro. Estos sirven para colocar en ellos mentalmente las imágenes de las voces ó cosas que se quieren mandar á la memoria, y se admite que se coloquen en cada uno hasta siete imágenes, á quienes, con la misma impropiedad que á todo lo demás, se da el nombre de *categorías*. La primera ó principal se llama *fundamento*; la segunda se pone sobre la cabeza de ésta, la tercera á los piés, la cuarta al lado derecho, la quinta al izquierdo, la sexta delante, la séptima detrás. Llamán á la segunda *cenit*, á la tercera *nadir*, la cuarta *oriente*, la quinta *poniente*, la sexta *mediodía*, la séptima *septentrión*.